

CASIODORO DE REINA Y CIPRIANO DE VALERA¹

DOS VIDAS AL SERVICIO DE LA PALABRA

CASIODORO DE REINA

Es difícil escribir sobre los primeros años de la vida de Casiodoro de Reina cuando no se saben ni el nombre ni el apellido de nacimiento, y únicamente se le conoce por el nombre que recibió tras tomar los votos monásticos, y añadido a éste su lugar de nacimiento. El día exacto en que vino al mundo también es incierto, pero parece que pudo haber nacido alrededor de 1520. Los inquisidores pusieron Montemolín (pueblo en aquellos días del Reino de Sevilla, y actualmente perteneciente a la comunidad autónoma de Extremadura) como su parroquia de origen. Igualmente desconocido es lo que hizo antes de profesar en la orden monástica, aunque se sabe que estudió en la Universidad de Sevilla, probablemente estudios humanísticos, por sus conocimientos de latín, griego y hebreo.

Se hizo fraile jerónimo en el monasterio de San Isidoro del Campo, a escasos ocho kilómetros de Sevilla, cuando se sentía en éste la fuerte influencia del movimiento reformado dirigido por Juan Gil (doctor Egidio) y Constantino Ponce de la Fuente. De su vida en el monasterio se tienen pocos datos, pero de lo que sí hay constancia es de que el Nuevo Testamento de Juan Pérez de Pineda y otras obras protestantes, traídas de contrabando por Julianillo Hernández, eran leídas cotidianamente por los frailes de aquel monasterio. De hecho, Reina se convirtió en el guía espiritual de aquel lugar. Según testimonio de los mismos inquisidores (interrogatorio de María de Bohoquer), Reina había propagado con mucho éxito la doctrina reformada entre los seglares de Sevilla. Con el tiempo, San Isidoro del Campo se había ido convirtiendo en un importante foco de "luteranismo" y pronto atrajo sobre sí la atención de la Inquisición, por este motivo, en 1557, Reina y otros compañeros, entre los que está Cipriano de Valera, huyen de allí y buscan refugio en centro Europa. Cuando el Santo Oficio reacciona y trata de apresar a los "herejes", ya es tarde, habían huido, pero, no obstante, sí que los juzgó in absentia, y el 26 de abril de 1562 quemaron sus efigies después de un auto de fe.

Reina y sus compañeros, llegaron primeramente a Ginebra, donde les esperaba otro refugiado sevillano, Juan Pérez de Pineda. Sin embargo, lo que Reina ve en Ginebra le desagradaba enormemente: las tribulaciones de los refugiados protestantes italianos, la condena a muerte de Miguel Servet y la rigidez religiosa imperante le llevan a decir que Ginebra se ha convertido en una nueva Roma, tras lo cual decide marcharse en 1558 de aquella ciudad y buscar un nuevo lugar de exilio. En esta ocasión viaja a Frankfurt, donde se une a la iglesia calvinista de habla francesa. Poco tiempo después, cuando Isabel I asciende al trono de Inglaterra, y concede libertad de culto reformado, Reina decide trasladarse allí.

Llega a Londres a finales de 1558, y allí se encuentra con otros refugiados españoles que, como él, huyen de la persecución inquisitorial. Tras concederle la reina inglesa el permiso de culto, el uso de la iglesia de Santa María de Harás y una pensión de setenta libras, pastorea la congregación de habla castellana.

¹ El presente artículo, corresponde a la presentación de la "Biblia del Siglo de Oro", pp. XXI a la XXXVI. Por la Sociedad Bíblica de España, Madrid, 2009.

La comunidad organizada por Reina no solo admite a españoles, también acepta a italianos y holandeses caídos en desgracia en sus iglesias respectivas.

Durante su estancia en la ciudad inglesa se casa con la viuda de un médico francés, pero la vida allí no debió ser nada fácil para él, ya que muchos protestantes refugiados, principalmente franceses y flamencos, no veían con buenos ojos a Reina porque tenía ideas heterodoxas, de teología radical: admiraba y defendía a Servet, simpatizaba con los anabaptistas y era amigo de italianos liberales. En el año 1563 es víctima de una doble conjura. Por un lado, los agentes del rey español Felipe II y de la Inquisición logran que unas falsas acusaciones de carácter moral y teológico contra él prosperen. Entre otras cosas se le acusa de antitrinitario y luterano, pero las acusaciones más graves se vertieron hacia su moralidad, acusándolo de sodomía. Las pruebas presentadas eran poco consistentes, cuando no falsas, pero sí surtieron el efecto difamatorio deseado. Por otro lado, algunos calvinistas de las iglesias francesa y flamenca de Londres, guiados por su animadversión hacia él, no cesaron de buscar motivos por los que poder acusarlo de herejía ante las autoridades religiosas ginebrinas, llegando al extremo de apoyar ciegamente el doble juego organizado por el embajador de España en Londres y por agentes de la Inquisición. Como consecuencia de esta doble conjura, Reina tuvo que huir precipitadamente a Amberes en enero de 1564.

En Amberes pasó algún tiempo escondido en la casa de Marcos Pérez, un relevante calvinista de ascendencia marrana. De allí fue a Francia, y tras pasar una temporada en París se encamina al sur, concretamente a Orleans, para encontrarse con su compañero de claustro, Antonio del Corro. Acompañó a éste a Bearne y, un tiempo después, Renée de France invitó a ambos a vivir en su castillo en Montagis, donde del Corro y Juan Pérez de Pineda le servían de capellanes. Así pues, Reina, acechado en todas partes por los esbirros de la Inquisición y sospechoso de herejía o de peores cosas aún por sus hermanos de fe, erró durante más de tres años entre Frankfurt, Heidelberg, el sur de Francia, Basilea y Estrasburgo buscando un lugar donde establecerse como pastor en alguna iglesia o como simple artesano, y poder dar así término a la traducción de la Biblia a la lengua castellana, que había comenzado unos años antes en Inglaterra.

A principios del año 1565 le propusieron pastorear la congregación de una iglesia calvinista en Estrasburgo, pero la intervención de tres teólogos calvinistas que le acusan de faltas graves en su concepción de la eucaristía y la ascensión del Señor, dificultaron su nombramiento. Reina escribió una carta de defensa, pero los informes que llegaron de Londres parecían ratificar las acusaciones de los teólogos. A pesar de los intentos de defensa de Reina, la iglesia de Estrasburgo no dispuso las dudas de sus detractores, y el resultado de toda esta controversia fue la pérdida de la oferta del pastorado en Estrasburgo y su partida de nuevo a Frankfurt, donde se estableció con su mujer, trabajando en el comercio de libros y de seda, pero no descuidando en ningún momento la enorme tarea de traducir la Biblia.

En Frankfurt se incorporó, no sin dificultades, a la iglesia francesa calvinista, pero la oposición de Teodoro de Beza y la amistad de ciertos luteranos de Frankfurt, le condujeron, al fin, a la iglesia nacional luterana de la ciudad. En 1573 publicó sus dos comentarios en latín, uno al Evangelio de Juan, y el otro al cuarto capítulo de Mateo, seguidos en 1577 por la primera edición de la Confesión de fe de Londres.

Reina nunca abandonó el deseo de ser pastor, y cuando se presentó la oportunidad de pastorear una congregación de luteranos franceses en Amberes, aceptó el ofrecimiento, pero antes debía comparecer ante el tribunal eclesiástico londinense y quedar libre de todos los cargos que pesaban sobre él. Con ese fin viajó a Inglaterra en 1578, y allí permaneció un año hasta que logró convencer de su inocencia al tribunal eclesiástico del arzobispo de Canterbury. Absuelto de todas

las acusaciones regresó a sus funciones de pastor en Amberes, cosa que no agradó a los calvinistas de la ciudad, los cuales intentaron diversas argucias para desacreditarle. Sin embargo, todo parece indicar que fue un buen pastor y, finalmente, con su carácter apaciguador se ganó la amistad de los calvinistas y luteranos, hasta tal punto que se mencionó su nombre para ser obispo luterano en Amberes.

En el año 1585, las tropas españolas, al mando del Duque de Parma, tomaron la ciudad de Amberes y obligaron a los protestantes a abandonar la ciudad. Ante tal situación, Reina condujo a sus seguidores a Frankfurt, pero allí no se le concedió el permiso para ejercer como pastor y, por tanto, se vio de nuevo obligado a trabajar comerciando con telas y sedas. Sin embargo, la comunidad que había venido con Reina siguió considerándole su pastor, e insistentemente solicitó al Ayuntamiento de Frankfurt que le concediese la ciudadanía y, con ello, el permiso para pastorear la iglesia. Al fin tuvieron éxito en su petición, y en 1593 fue oficialmente reconocido como pastor de la iglesia de Frankfurt. Esta última pastoración no duraría mucho tiempo puesto que ocho meses más tarde, en marzo de 1594, falleció. Aun así tuvo tiempo de iniciar en la ciudad una fundación caritativa para ayudar a refugiados belgas, y de preparar para el impresor Bassée en Frankfurt una edición del libro de Antonio del Corro *Dialogus in epistolam D. Pauli ad Romanos*.

BIBLIA DEL OSO

Reina fue un hombre instruido, inteligente, muy fiel a la Palabra de Dios, que tuvo una vida no exenta de aventura y de alto riesgos, y todo ello debido a su profundo deseo por traducir la Biblia desde las lenguas originales al castellano, con dos fines: evangelizar dentro de su país, y servir de apoyo a otros exiliados. Es evidente que desde el momento que dejó su patria, tal vez antes, Reina deseaba ardientemente llevar a cabo la traducción de la Biblia, pero el proyecto no empezó a tomar forma hasta finales de 1558, fecha en que llega a Londres. Desde entonces, no dejó de trabajar en la traducción de la Biblia, pensando culminar el trabajo de traducción en un tiempo razonable. Pero surgieron muchas dificultades a causa, especialmente, de las acechanzas provenientes de los agentes de la Inquisición española y de los calvinistas de las iglesias londinenses. Ambos grupos, aunque totalmente opuestos en sus intereses, se hallaron unánimes en la voluntad de impedir la labor del traductor de la Biblia.

La Inquisición logró infiltrar un agente instigador en la naciente iglesia (se trataba nada menos que de Gaspar Zapata, el asistente de Reina en el trabajo de traducción), y mediante chantaje o promesas consiguió que algunos miembros de la iglesia pastoreada por Reina acusasen a éste ante las autoridades inglesas incluso de sodomía, como ya se mencionó anteriormente. Desgraciadamente, sus propios correligionarios protestantes tampoco le facilitaron la labor de traducción, y así, algunos calvinistas de las iglesias francesa y flamenca de Londres, dejándose llevar por su desconfianza hacia él, no cesaron de hacer críticas negativas sobre su trabajo de traducción y de buscar herejías por todas partes para denunciarlas ante las autoridades religiosas ginebrinas. El resultado de esta doble conjura fue la huida precipitada de Reina a Amberes en enero de 1564 y la inmediata dispersión de la iglesia española de Londres. Afortunadamente, el traductor pudo poner a salvo sus manuscritos.

Acechado infatigablemente por los esbirros de la Inquisición y sospechoso de herejía o de peores cosas aún por sus hermanos de fe, Reina se vio obligado a huir y buscar asilo por diversas ciudades europeas. A pesar de las muchas dificultades que le tocó vivir en todos estos años, en ningún momento cejó en su empeño de traducir la Biblia a la lengua castellana. Gracias a su

inquebrantable voluntad, en 1567, tras haber culminado con éxito toda la traducción del Antiguo Testamento, pudo viajar a la ciudad de Basilea para dar comienzo a los trabajos de publicación.

El primer contrato para la edición de iioo ejemplares de la Biblia fue firmado en el verano de 1567 con el famoso editor Oporino. Por desgracia para Reina, en el mes de julio de 1568 y antes de poder dar comienzo a la impresión de la Biblia, Oporino murió y resultó estar arruinado de tal manera, que no cabía la menor esperanza de recuperar los 400 florines pagados por adelantado del dinero recaudado en Frankfurt, gracias a la aportación voluntaria para llevar a cabo la edición de la Biblia hecha por los refugiados españoles.

Para colmo de desdichas, los enemigos españoles de Reina, que habían decidido reimprimir en París el Nuevo Testamento de Juan Pérez de Pineda con todas las notas marginales de la Biblia francesa de Ginebra, comenzaron a exigir para su proyecto una parte del dinero destinado a la impresión de la Biblia de Reina. A este conflicto puso fin el embajador español Don Francés de Ávila, quien teniendo noticia del proyecto, hizo detener al impresor, y todos los cuadernillos ya impresos, así como el ejemplar del Nuevo Testamento de 1556 con las anotaciones manuscritas para la nueva edición, fueron requisados y enviados a Felipe II. Sin duda, este fue un gran logro para la Inquisición y los agentes de Felipe II en su lucha contra los protestantes y la expansión de sus doctrinas.

Menos éxito tuvieron el rey y sus agentes para impedir el proyecto de Basilea, quizá por no estar correctamente informados sobre el tiempo y lugar donde Reina estaba imprimiendo su Biblia. Quizá fue el mismo Reina quien, indirectamente, les había puesto sobre una pista falsa al escribir a Teodoro de Beza en abril de 1567 una carta en la que le decía que estaba dispuesto a imprimir la Biblia en la imprenta de Jean Crespin, en Ginebra. Evidentemente, Reina no pensaba imprimirla allí, pero la noticia debió llegar, muy posiblemente, a oídos de algún espía de la Inquisición. En todo caso, en el verano de 1568 la Inquisición ordena que se vigilen los puertos españoles ante el riesgo de que puedan entrar libros "prohibidos", porque se tiene noticia de que Reina ha impreso en Ginebra la Biblia en lengua española.

Sin duda, la información que había recibido la Inquisición en esa ocasión era errónea, pues, por esa fecha, la Biblia de Reina no sólo no se había comenzado a imprimir, sino que la muerte de Oporino, acaecida cinco días más tarde, así como el embargo inmediato de sus bienes crearon nuevas dificultades y ocasionaron un ulterior retraso, como ya se ha señalado anteriormente. Fue entonces cuando intervino de nuevo Marcos Pérez, prestando a Reina a fondo perdido la suma de 300 florines que sirvieron para cerrar un nuevo contrato de impresión. Las labores de impresión tuvieron lugar, o bien en la imprenta de Samuel Apiario, o bien en los talleres de Thomas Guarin. De lo que no cabe duda es que a Reina debió gustarle mucho la simbólica estampa con el oso que Apiario solía utilizar como marca tipográfica, y la escogió para la portada de la después llamada Biblia del Oso. La impresión fue terminada probablemente el 24 de junio de 1569, y se editaron 2600 ejemplares.

Los enemigos de Reina no levantaron la guardia en ningún momento, y así en 1571, apenas un año y medio más tarde de la publicación de la Biblia, el Consejo Supremo de la Inquisición supo de la existencia de la biblia y que había sido impresa en Basilea. Entonces ordenó la decomisación inmediata de todos los ejemplares que se descubrieran. También la Biblia de Reina fue minuciosamente examinada por los pastores de Ginebra, pero por mucho que la escudriñaron no encontraron nada importante que reprochar a la edición.

Diez años después, en 1581, el titular del obispado de Basilea, Blarer von Wartensee, le hacía saber al cardenal Carlos Borromeo que en Basilea se habían impreso en 1569 unos 1600 ejemplares de la Biblia en español y que 1400 de ellos acababan de ser enviados de Frankfurt a Amberes. En Amberes, finalmente, se cambiaron las portadas de muchos de estos ejemplares por

el frontispicio del célebre diccionario de Ambrogio Calepino, a fin de poderlos difundir mejor en España. Otros muchos ejemplares permanecieron durante decenios en Frankfurt, a cargo de los miembros de la familia de Reina, quienes fueron, poco a poco, dando salida a los ejemplares que tenían, pero actualizando las portadas, lo que explica que existan ejemplares con el falso pié de imprenta 'Frankfurt 1602', Frankfurt 1603' o 'Frankfurt 1622'.

Sobre las fuentes utilizadas por Reina para la traducción de su Biblia nos informa parcialmente él mismo en su Amonestación al lector. En ella se dice que, además de las fuentes originales hebrea y griega, usó la versión de Santos Pagnino y la doble edición judeo-española de Ferrara 1553. Para las partes griegas del Antiguo Testamento Reina parece haber seguido sobre todo la Biblia latina de Zürich y en parte la de Castellion, de quien tomó el término Jehová, en lugar del comúnmente usado Señor.

Lo que ocurrió con la traducción del Nuevo Testamento merece una mención especial. Cuando comenzaron las labores de impresión en Basilea, la traducción no estaba ni mucho menos terminada, sobre todo la del Nuevo Testamento y, a medida que iba avanzando el trabajo de impresión, Reina, se veía cada vez más apremiado por el tiempo. Las esperanzas que tenía de poder utilizar la revisión del Nuevo Testamento de Juan Pérez de Pineda que se estaba imprimiendo en París se vieron frustradas en 1568 por los motivos ya mencionados anteriormente, así pues, solo pudo disponer de la versión del Nuevo Testamento de Francisco de Enzinas y las cartas paulinas traducidas por Juan de Valdés. Reina siguió muy de cerca estas dos traducciones y no dudó en tomar literalmente frases o expresiones para su traducción en multitud de ocasiones. En junio de 1567, la labor del impresor le había casi alcanzado, y entonces a Reina no le quedó otro remedio que copiar casi completamente el texto de Apocalipsis de la traducción de Enzinas.

Sobre la colocación de los libros, especialmente los del Antiguo Testamento, conviene saber que Reina respetó el orden de los libros bíblicos según la Vulgata, cuyo canon había sido recientemente confirmado por el concilio de Trento. Dicho canon es conocido con el nombre de "canon largo", o "canon alejandrino", es decir, los libros que componen el protocanon más los libros del deuteroanon (o libros Deuterocanónicos). Nos referimos a los libros que los judíos aceptan en su canon (los 39 libros protocanónicos) y de los textos deuteroanónicos (Tobías, Judit, Baruc, Eclesiástico, Sabiduría, 1 Macabeos, 2 Macabeos, más las adiciones a los libros de Ester y Daniel). Además, Reina, incluyó en su traducción otros tres libros: La Oración de Manasés y III y IV de Esdras. Al comienzo de la traducción de estos textos, califica explícitamente a III y IV de Esdras de apócrifos. Y en cuanto a la Oración de Manasés, se limita a afirmar que "se suele contar con los libros apócrifos". Estos tres libros son los únicos que Reina incluye dentro de esta categoría. Para esta edición de La Biblia del Siglo de Oro hemos optado por no incluirlos, porque ni Reina ni Valera les otorgaron un valor parejo al de los otros libros, tanto protocanónicos como deuteroanónicos y, además, no son considerados libros sagrados ni para católicos ni para protestantes.

CIPRIANO DE VALERA

El nombre de Cipriano de Valera está estrechamente unido al de Casiodoro de Reina y al de la Biblia en la que ambos trabajaron, uno como traductor y otro como revisor. Cipriano de Valera, muy seguramente, nació en Valera la Vieja. Esta población, situada sobre las ruinas del antiguo asentamiento romano de Nertóbriga, formaba parte del reino de Sevilla en los días de Cipriano, y actualmente pertenece al municipio de Fregenal de la Sierra, en Badajoz. Otro ilustre

hijo de la villa fue el sabio humanista, Benito Arias Montano, quien entre otras importantes funciones desempeñó el cargo de confesor del rey Felipe II, capellán del Monasterio de El Escorial, consejero real y embajador. Si bien, Arias Montano ha pasado a la historia por ser el responsable de la compilación y publicación de la Biblia Políglora Regia (Amberes, 1572).

La fecha del nacimiento de Valera podemos deducirla por el prefacio de su edición de la Biblia, pues nos dice: "Yo siendo de cincuenta años comencé esta obra y en este año de 1602 en que ha placido a mi Dios sacarla a la luz, soy de setenta años (edad es esta en que las fuerzas desfallecen la memoria se entorpece y los ojos se escurecen) de manera que he empleado veinte años en ellas". Si en el año 1602 tenía setenta años podemos calcular que nació en 1531 ó 1532.

Sobre su vida, antes de ingresar en el monasterio jerónimo de San Isidoro del Campo, sabemos muy pocas cosas. Al igual que ocurre con Casiodoro de Reina, no conocemos el nombre con que fue bautizado, únicamente sabemos el nombre que tenía al profesar como fraile. De los pocos datos fidedignos que tenemos sobre los primeros años de Valera se sabe que estudió en la Universidad Hispalense, obteniendo el grado de bachiller.

El recuerdo de la ciudad andaluza en la que estudio es imborrable, y así, treinta años después de haber dejado Sevilla, Valera la recordaba en el primero de sus libros, diciendo: "La ciudad de Sevilla es una de las más civiles, populosas, ricas, antiguas, fructíferas y de más suntuosos edificios que hoy hay en España".

Tras los estudios universitarios, que luego tan útiles le serían para impartir clases en Cambridge y Oxford, se trasladó al cercano monasterio de San Isidoro del Campo, en Santiponce, construido sobre las ruinas de Itálica. Cuando Valera llegó al monasterio a mediados del siglo XVI, ya no vivían allí los primitivos monjes cistercienses, sino los ermitaños jerónimos de Fray Lope de Olmedo, que se regían por la regla del famoso traductor de la Vulgata.

Durante su estancia en el monasterio tuvieron lugar acontecimientos que marcaron para siempre su vida. A mediados del Siglo XVI, Sevilla se había convertido en un importante centro de comercio y en una floreciente ciudad cultural donde las ideas «reformadas» habían penetrado con facilidad. Estas ideas se filtraron muy especialmente en el monasterio de San Isidoro del Campo calando en la vida de los monjes que allí vivían. Según se cuenta en el libro de Artes de la Inquisición española, escrito por Raimundo González de Montes (que bien puede ser un pseudónimo del propio Casiodoro de Reina), "las horas que llaman de coro y rezo, se habían convertido en explicaciones de la Santa Escritura". Como ya dijimos al escribir sobre Casiodoro de Reina, cuando algunos frailes de San Isidoro supieron que la Inquisición andaba detrás de ellos porque había descubierto que dentro del monasterio se estaban leyendo libros prohibidos y propagando creencias reformadas, emprendieron una huida sin retorno al centro de Europa, entre ellos se encontraban Reina y Valera.

Este último, que fue un excelente narrador, explicó de este modo lo ocurrido: "En el año 1557, acontecieron en Sevilla cosas maravillosas y dignas de perpetua memoria. Y es que, en un monasterio de los más célebres y ricos de Sevilla, llamado San Isidoro, el negocio de la verdadera religión iba tan adelante y tan a la descubierta que, no pudiendo ya más con buena conciencia estar allí, doce de los frailes, en poco tiempo se salieron, unos por una parte y otros por otra. Los cuales, dentro del año, se vieron en Ginebra, a donde cuando salieron tenían determinado de ir. No hubo ninguno de ellos que no pasase grandes trances y peligros. Pero de todos estos peligros, los escapó Dios y con mano potentísima los trajo a Ginebra". Así pues, algunos de los frailes de San Isidoro huyeron de España por diferentes y arriesgados caminos, y al cabo de un año se encontraron todos en Ginebra. Los inquisidores de Sevilla, atrincherados en el castillo almohade de Triana, inician un largo proceso contra estos frailes a los que se acusa de luteranos, se les declara enemigos de los españoles y se les condena, el 28 de abril de 1562, a morir quemados en

la hoguera, pero como los acusados habían huido de España y no estaban presentes se les quemó en efigie.

El mismo Valera nos relata su huida en el libro Tratado del Papa, donde nos cuenta que, junto a otros monjes, escapó de la mano de los inquisidores. Entre éstos se encontraban el prior, el vicario de San Isidoro y el prior de Écija. Con respecto a los que decidieron quedarse, nos dice que algunos lograron escapar de la muerte y salir absueltos de sus cargos.

Valera buscó refugio en la calvinista Ginebra, donde se encontró, entre otros, con Juan Pérez de Pineda, y conoció a Juan Calvino, de quien fue discípulo y también traductor al castellano de algunas de sus obras. Así, por ejemplo, en Londres publicó la tercera edición del Catecismo (1596), y fue el responsable de la primera traducción castellana de la Institución de la Religión Cristiana (1597).

Se desconoce qué le indujo a abandonar Ginebra para trasladarse a vivir a Inglaterra, puede que fuese porque allí se había restablecido la libertad religiosa al subir al trono Isabel I, en 1558, y es en ese país donde Valera vivió la mayor parte de su vida, allí se casó en 1563 y es probable que allí muriera. Llegó a Londres en 1558, y a diferencia de Reina y del Corro, no se relacionó con la nobleza y la alta sociedad, y para ganarse la vida, tuvo que recurrir a impartir clases privadas y de ese modo se convirtió en mentor de los hijos de varias familias pudientes de la ciudad de Londres

Sobre su primera estancia en Londres realmente se sabe poco, aparte de que, al igual que otros españoles, no se debía sentir muy a gusto en las iglesias de refugiados calvinistas procedentes del continente. El 9 de febrero de 1559, gracias a la titulación académica alcanzada en la Universidad de Sevilla, se incorporó al claustro de profesores de la Universidad de Cambridge. Poco antes había sido nombrado miembro del prestigioso Magdalene College de Cambridge en donde enseñó teología, entre los años 1559 y 1567.

En el apartado de reconocimientos académicos es necesario mencionar que en 1565 recibió el título de Maestro de Artes en la Universidad de Oxford. Además, ocupó el cargo de tutor de Nicolás Walsh, quien años más tarde llegó a ser obispo anglicano en Ossory, y quien realizó la primera traducción del Nuevo Testamento al irlandés gaélico, y trabajaba en la traducción de toda la Biblia cuando murió violentamente en 1589.

ESCRITOR, TRADUCTOR Y EDITOR

Valera fue, ante todo, un pensador y un escritor, que dedicó buena parte de su vida al estudio. Una de sus aficiones era la escritura, a la que dedicaba gran parte de su tiempo, aunque también se ocupó de otras tareas, como la asistencia espiritual a los prisioneros españoles capturados en la batalla contra la Armada Invencible.

La mayor parte de sus libros fueron publicados en imprentas de Londres y Amsterdam. La primera de sus obras se publicó en 1588, en Londres, y llevaba por título Dos tratados. El primero es del Papa y su autoridad, colegido de su vida y doctrina. El segundo es de la Misa. El uno y el otro, recopilado de lo que los doctores, concilios antiguos y la Sagrada Escritura enseñan. El propósito de ambos tratados era el de denunciar con textos bíblicos los errores del sistema papal y de la misa. En el tratado sobre el papa hace una recopilación de los desmanes atribuidos tradicionalmente a los papas y contiene una curiosa colección de refranes populares que critican al papado y al clero general de aquellos días. La idea principal del tratado es presentar a Cristo como el único mediador entre Dios y los seres humanos. Idéntico propósito y método se

encuentran en el tratado sobre la misa. Esta obra vio una segunda edición diez años más tarde y, además, se tradujo al inglés.

Su siguiente libro se publica en 1594, y se llamaba: *Tratado para confirmar a los pobres cautivos de Berbería*. Este libro va dirigido a los cristianos que habían caído en manos de los piratas mahometanos de Argelia. Su propósito es confirmar en su fe a los cautivos, para que no renieguen de ella, presentando la Biblia como remedio para afrontar la pesadumbre y como un arma eficaz contra los enemigos del alma y del cuerpo, siendo además fuente de toda doctrina cristiana. Este libro, incluye en un apéndice otro de sus escritos al que tituló: enjambre de falsos milagros e ilusiones del demonio con que María de la Visitación engañó a muy muchos, en el que su mordacidad se ceba a placer sobre la superstición. En esta obra, la ironía se halla envuelta por una compasión verdaderamente cristiana que Valera siente por quienes carecen de la verdad, por haberles sido presentada falsificada. Por ello, concluye este tratado con la fervorosa amonestación de acudir a Cristo, el único que obra verdaderos milagros, para recibir de él, el mayor de todos los milagros, la paz del alma.

Mientras está revisando la traducción de la Biblia de Reina, publica en 1596 una nueva edición revisada del Nuevo Testamento de Francisco de Enzinas, teniendo en cuenta el trabajo anterior de Juan Pérez de Pineda, que, como recordamos, había sido quizás el libro más importante que había leído en su época de fraile en San Isidoro, y que había llegado allí gracias a Julianillo Hernández. Un año después, en 1597, publica su traducción más famosa: la Institución de la Religión Cristiana, escrita por Juan Calvino, a la que incorporó un prólogo dirigido "a todos los fieles de la nación española que desean el adelantamiento del Reino de Jesucristo".

Otra importante obra suya es el *Aviso a los de la Iglesia Romana sobre la indicción del jubileo por la Bulla del papa Clemente Octavo*. Éste, como otros folletos de carácter popular, eran escritos pensando en el pueblo llano, y en un lenguaje fácil de comprender. El último de sus trabajos literarios lleva por título: La Biblia. Que es, los sacros libros del Viejo y Nuevo Testamento. Segunda edición revisada y conferida con los expertos Hebreos y Griegos y con diversas traslaciones. Se trata, como él mismo explica en el largo título que le puso, de la revisión de la Biblia del Oso que llevó a cabo. A este trabajo, que con propiedad podríamos definir como una segunda edición de la Biblia de Reina, le dedicó veinte largos años, y culminó con su publicación en 1602, en Amsterdam.

Precisamente, en ese mismo año, perdemos la pista de Valera, que ya contaba con aproximadamente setenta años. Es posible que volviese a Inglaterra, y allí viviese algunos años más, pero se desconoce la fecha exacta de su muerte.

DE LA BIBLIA DEL OSO A LA BIBLIA DEL CÁNTARO

En la portada de la Biblia que editó Cipriano de Valera puede verse estampada la imagen de dos hombres: uno está plantando un árbol, mientras el otro lo está regando con agua que sale de un cántaro (de ahí que esta Biblia sea conocida como la Biblia del Cántaro). Muy posiblemente, la escena descrita nos remite al texto bíblico de 1 Corintios 3,6: "Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios". Algunos intérpretes han indicado que la escena representada en la portada de la Biblia hace referencia a que con la primera edición llevada a cabo por Casiodoro de Reina se había plantado la semilla de la Palabra de Dios, y nuevamente en la revisión de Cipriano de Valera se contribuía a regar lo anteriormente plantado.

Es evidente que Valera, como ya se ha señalado anteriormente, no pretendía hacer una nueva traducción bíblica, puesto que reconocía que la versión de Reina era excelente, tanto por la

fidelidad con que se habían traducidos los textos originales, como por la belleza literaria con que se habían volcado a la lengua castellana aquellos viejos textos hebreos, arameos y griegos.

Entonces, ¿qué movió a Valera a emprender la ardua labor de realizar una segunda edición del texto bíblico de Reina? Valera, como buen lingüista, sabía bien que todas las lenguas con el tiempo evolucionan y cambian. Por tanto, ninguna traducción puede ser definitiva, sino que periódicamente necesitan ser actualizadas, para que los hablantes o lectores puedan entender mejor el sentido de lo allí expresado.

Pero ésta no fue la única razón, aunque seguramente fue la más importante. Otras motivaciones bien pudieron ser que en sus días, la mayor parte de las Biblias del Oso habían desaparecido como consecuencia, principalmente, del ahínco con que los inquisidores españoles las buscaron y quemaron. Así pues, se hacía necesario imprimir nuevos ejemplares de la Biblia con una ortografía actualizada y con notas que iluminasen el sentido de los textos bíblicos, para que los lectores de habla española, ya estuvieran dentro o fuera de España, pudieran disfrutar de nuevo de la Palabra de Dios en su propia lengua.

Valera no llevo adelante su trabajo rigiéndose por criterios arbitrarios o puramente estéticos (porque esto o aquello le sonase mejor o peor), sino que su labor de revisión fue sistemática, extensa y con criterios de revisión muy bien establecidos. Veamos, casi a vuelapluma, algunas de las correcciones generales que introdujo:

- Cambió o eliminó expresiones que consideró inapropiadas para una Biblia. Así, por ejemplo, la expresión "por ventura" fue quitada del texto bíblico. Posiblemente, a Valera le pareció que esa expresión tenía ciertas reminiscencias paganas y la fue sustituyendo por palabras como: quizás, de cierto, sin duda, etc.

- Cuando encontró lecturas discordantes entre el texto hebreo del Antiguo Testamento y la versión griega de los Setenta (Septuaginta) o el texto latino de la Vulgata, Valera dio prioridad, en la inmensa mayoría de las ocasiones, al texto hebreo, al considerar a éste como el más cercano al original.

- En ocasiones, Valera, cambió la forma de algunos nombres propios del Antiguo Testamento, pues mientras Reina los había derivado el latín o del griego, Valera optó por adaptarlos del hebreo. Así, por ejemplo, Reina llamó al profeta Isaías, "Isayas", tomándolo de la forma latina "Isaías". En cambio, Valera le llamó "Esayas", haciéndolo derivar de la forma hebrea "Yeshayahu".

- Respecto a los libros Deuterocanónicos, el tratamiento y lugar de colocación es diferente en una u otra edición. Ya explicamos anteriormente dónde los situó Reina en su Biblia. Valera también colocó estos libros en la suya, pero en una sección aparte, con numeración propia, entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Al comienzo de la Biblia, en la Exhortación al Cristiano Lector, Valera expone las razones históricas y dogmáticas por las que él considera que deben estar en una sección distinta. Según su explicación, ha querido colocarlos allí siguiendo a todos los reformadores, especialmente a Calvino y Teodoro de Beza, los cuales consideran que estos libros son útiles para la edificación de los fieles cristianos, pero de ellos no debe extraerse doctrina para confirmar la fe.

COLOFÓN

Esta primera revisión y edición del texto traducido por Casiodoro de Reina, marcó una tendencia muy importante en la historia de esta Biblia (Para ahondar en la historia de las diferentes ediciones de este texto, véase el artículo de Cabino Fernández). Pero sí conviene

destacar que, desde el comienzo de las revisiones, hay un marcado interés de transmitir el mensaje del texto bíblico, de una forma clara, fiel e inteligible. La revisión no fue de cambios cosméticos en la fraseología de la Biblia, sino que supuso un nuevo intento de leer el texto de la Escritura en presencia de los textos en hebreo, arameo y griego más antiguos y fidedignos, a fin de actualizar la ortografía y la sintaxis, pero sobre todo, aclarar el sentido y significado del texto bíblico para que toda persona pudiese acercarse "...a la Sagrada Escritura, para que la meditemos, escudriñemos y rumiemos... y alumbre nuestro camino..."

Finalizamos aquí este artículo, y para ello me gustaría citar aquellas palabras que Cipriano de Valera colocó al comienzo de su Biblia y que iban dirigidas a todos los hablantes de la lengua castellana:

"Escuchad pues, diligentemente, oh españoles carísimos, con un ánimo humilde, abatido y desconfiado de sí mismo, al Dios todopoderoso, que os crió, redimió y santificó y os promete (si vosotros oyereis su voz e hicieréis lo que os manda, y como lo manda) de glorificaros en su reino consigo; el cual os habla y enseña en esta santa palabra su voluntad".

Ricardo Moraleja Ortega
Coordinador del Departamento de Traducciones
Sociedad Bíblica de España

DIGITALIZADO POR ANDRES SAN MARTIN ARRIZAGA
TEMUCO, CHILE, 31 DE JULIO DE 2015.